

DE LO MADURO Y LO INGENUO

DIJO una vez cierto gran hombre que no sabía lo que resultaba más grave en la patología política española: si la dolencia, o la intolerancia para el remedio. En conjunto, su diagnosis era ésta: falta de vigor moral. Si en nuestra sociedad, venía a decir, ocurriese un escándalo político o financiero como los que ocurren en Norteamérica, desapareceríamos en cuarenta y ocho horas. Tenía razón aquel gran hombre. Nuestra sociedad carece de anticuerpos. Yo la veo exangüe, exánime. No se rebela, es decir, no se «revela». Le da lo mismo ocho que ochocientos. Sólo que hemos encontrado la palabra clave, el segmento áureo de nuestra psicología para zafarnos de todo compromiso o para conformar a los demás con su descompromiso. Es la «madurez». Somos maduros y estamos maduros. Ya pueden caer chuzos de punta, ya puede el inocente debatirse en sus propios gritos o el culpable trasmudar a su voz los acentos de la inocencia. Nosotros, como estamos maduros, ni caso. Sí, hemos alcanzado la madurez. Pagamos con nuestro dinero el pan que nos alimenta y el lecho en que yacemos, y a la mujer que yace con nosotros en el lecho, y el abrigo de piel o imitación que va a necesitar la mujer cuando se levante, y el viaje al paraíso francés de la pornografía, y el cochazo o el cochecito, y un raspado concienzudo (concienzudo con la buena conciencia, no faltaba más), a la que yació en el lecho con nosotros... He aquí el colmo de la madurez, he aquí el colmo de la indignidad. ¿Es más grave una «conflagración» por defender una verdad que un tranquilo pasar por no defenderla? Mucho me temo que la madurez de la que tanto hablamos no es otra cosa que el fin de un simple proceso vegetal, el perfecto estupor del plátano amarillo, pongo como fruta antidialéctica. Porque una manzana sería otra cosa. La manzana es dialéctica, tiene tesis y antítesis, por lo menos según la Biblia. Nuestra madurez es la madurez del plátano, que es una madurez aplanada. No puedo comprender que pueda halagarnos esta inexpugnable cordura, esta manera idéntica de estarnos quietos ante las incitaciones más diferentes. ¡Si nos estuviésemos quietos de manera distinta cada vez! Pero, ¡guái! Nosotros somos maduros «in modo» e «in re». Y además «in eternum». ¿Podríamos quebrantar la eternidad de nuestro aplanamiento? ¿Podremos sentirnos inmaduros algún día y actuar con la maravillosa ingenuidad de la inmadurez? ■ **LICANTROPO**

tuguesa, en la que Fabiao, Azevedo, Otelo y la madre que parió al COPCON están pegando el gatillazo. Bastaría con ir trayendo cada semana, en grupos de quinientos o de mil, a los portugueses para que probaran suerte, ya que al «Toto Bola» de allí la revolución lo ha dejado hecho unos zorros. Frente a la revolución del clavel, la revolución del césped y del 1-X-2. Con tres o cuatro pelotazos de once millones, verán qué alegría le entra por el cuerpo al escudo. Y verán de qué forma también los portugueses —que aparte de benéficas las quinielas tienen otros calificativos más gordos que nos callamos aquí—, ponen su dinamizado y revolucionario granito de arena para la prosperidad del deporte español. O sea, para que en lo de Montreal-76 no nos comamos una rosca ■ **F. O.**

FELICIDADES, MITO

Así como el Rey Midas convertía en oro todo lo que tocaba, Manuel Benítez todo lo que toca, o hace, o deshace, lo convierte en «show». Desde el salto de la rana hasta el nacimiento de su último hijo —que pesó tres kilos ochocientos gramos—, todo ha sido espectáculo. Yo creo que hay una estrella que se detiene encima de Villalobillos y que nos dice, con su morse fulgente, que allí abajo está El Cordobés. Que, además, está ya casado con Martina, tan guapa como tozuda. Que no está casado con Raphael, pero que es amigo suyo. Que tiene una almohada mágica que le dice «ahora organiza una corrida benéfica»,

«ahora que te agarre una vaquilla», «ahorra di que no toreas más», «ahora enseña los dientes a los flashes»... «Lo de siempre», como dice «El Pipo». Las portadas de las revistas internacionales nunca lo exhibieron sentado en el retrete repartiendo, como un Rey Sol de la Torería, los sobres que dicen que resucitan a los críticos, aunque yo no me lo creo. Pero aunque algo así fuera verdad, nada empaña la figura del Cordobés, su flequillo, el atractivo salvajismo de sus pómulos. Dicen que empieza a tener grandes sectores de opinión en su contra. ¿La opinión? ¿Qué es la opinión? ¿Un concepto hidalgo, como en el teatro de Calderón de la Barca? ¿El chau-chau de los patios de luces? ¿La materia editorial de los periódicos? ¿El malhumor de los reporteros del corazón? Manuel Benítez, leo en una revista, «ha sido un fenómeno claramente extraterrestre». No lo sé. Lo único que sé es que ha sido un fenómeno claramente extraterrestre. Sin embargo, nunca perdió el sentido del cordón umbilical. Los públicos de las plazas de toros, más pastueños de lo que cuentan los cronicones, reaccionaron ante su presencia como las obreras de la fábrica Renault hubieran reaccionado ante la presencia de Gérard Philipe: urdiendo el sueño de una falsa voluptuosidad masturbadora. Ha sido la imagen falsamente impúdica, falsamente rebelde, de una sociedad transida por un abatimiento culpable. ¡Claro que ha sido un fenómeno extraterrestre! Era necesario que lo fuera. Lo vinieron a situar deliberadamente en el nivel más sensible de la vida colectiva, aquel en que se define la imagen que una sociedad se forma del hombre, y, por tanto, de las posibilidades de



A LA ESPERA DI

DESDE hace semanas son varias las personas aquejadas de parálisis coyuntural. Se las ve como en las fotos fijas, con el aliento cortado y en la posición en que fueron sorprendidas cuando sonó el gran clarinazo anunciador de que una época de la Historia de España estaba a punto de cerrarse. Uno de ellos es Marco Antonio Alfonso de los Arroyos. Le sorprendió el clarinazo cuando salía de su coche, en la puerta de su casa y allí sigue con la portezuela semiabierta en una mano y la otra en un bolsillo del pantalón. Lleva el hombre así varias semanas y de vez en cuando voy a verle y hacerle compañía.

—Sigues en tus trece por lo que veo. ¿Y cuánto tiempo vas a estar así?

—Hasta que todo quede claro —me dice por la comisura de los labios, para no alterar la semiparálisis facial.

—Pero es un acto moral. No conduce a nada.

—¡Qué leches, un acto moral! Es un acto rigurosamente práctico. Yo me quedo al lado del coche y con la portezuela abierta. Tengo el depósito lleno, que lo llené por una coronada en la gasolinera que está junto al Estadio del Manzanares... Venía de mi pueblo palentino y mi capó rebosa de chorizos y un par de jamones y quesos. Yo espero aquí y cuando pase lo que pase, una de dos, o me meto en el coche y no paro hasta el quinto punto cardinal o me subo a mi casa y me como los chorizos tranquilamente. Pero yo estoy en estado provisional, como la historia de mi país. Y de aquí no me saca nadie.

—Hombre, quien más quien menos, todos vivimos estas sema-

ANGOLA Y LA MADUREZ

Angola no estaba madura para la independencia. Es un hecho. Ninguno de los países que han ido siendo independientes desde los años sesenta estaba maduro para la independencia. Si la colonización hubiese continuado, tampoco hoy estarían maduros para la independencia. Cuando se ponen todos los medios para evitar que alguien sea maduro, se consigue. Los padres siempre creen que sus hijos todavía no pueden salir de noche. Los gobernantes, que sus gobernados no están maduros para la democracia (quienes no lo están son ellos: están verdes, rígidos, ácidos). Segismundo —el «enfant sauvage» de «La vida es sueño», no estaba maduro: su padre le había ahorrado en una cueva para que no lo estuviera. Supongo que en la mecánica de la psicología profunda de Calderón, Segismundo representaba al pueblo. Cuando, luego, tira a un cortesano por la ventana de Palacio, muestra la inmadurez conseguida en la cueva («Cayó del balcón al mar», se dice en la obra: Calderón ignoraba que en Varsovia no hay, ni mucho menos, mar. Saber mucho de teología no quiere decir saber algo de todo lo demás). Segismundo no estaba maduro, Angola tampoco.

Los Estados Unidos proclamaron su independencia en 1776. Indudablemente, no estaban maduros. Me temo que no estén todavía, a juzgar por sus muchas cosas, que serían de enumeración pródiga y larga aquí. ¿Estaba madura la Alemania —de los filósofos, músicos y poetas, y científicos de diversas indoles—, que eligió el nazismo, que proclamó la guerra? ¿La Rusia de 1917?

¿Hay alguien maduro en el mundo de hoy? Aparte de usted y yo —los interlocutores siempre están por encima de los defectos que señalan, y eso es lo que hace agradable todas las conversaciones—, parece que nadie. La raza humana está en una considerable situación de inmadurez, todavía. Esperemos un par de miles de años más.

Si Angola hubiese estado madura, no habría elevado a Agostinho Neto y su partido, que son, como dice insistentemente nuestra alarmista y ceñuda televisión, «prosoviéticos». Ni tampoco a Sabimbi, que es «prochino». En cambio, hubiese puesto en la presidencia a Holden Roberto, que coincide —simple casualidad—, con los Estados Unidos. Y también con Sudáfrica, y con otros países racistas y blanquecinos.

Porque ya se sabe que las armas enviadas por los soviéticos a Agostinho Neto han causado treinta mil muertos. Lo ha dicho Idi Amin, ese cada vez más admirable personaje: admirable porque expresa con claridad y sencillez lo que Occidente enmascara y disimula. Paradigma de altos jefes del mundo, más discretos y más hipócritas: esto es, más civilizados. Las armas enviadas por los Estados Unidos a Holden Roberto, las enviadas por China a Sabombi, no han debido matar a nadie. Lo hubiera dicho Amin. Son armas buenas, pacíficas y pacifistas. Por estas partes del mundo, las armas malas —las que matan más—, son las soviéticas.

Angola no estaba madura. Los mismos portugueses lo han reconocido. Pinheiro de Azevedo no ha querido enviar representantes portugueses a la fiesta de proclamación de independencia, porque Angola no ha seguido las indicaciones portuguesas para la independencia; esto es, porque domina Agostinho Neto. Pero, ¿Portugal está maduro? Quizá vaya estándolo, porque cada vez su política oficial coincide más y más con la exigida por Occidente, pese a todo. Occidente o el caos. Pero Occidente ¿está realmente maduro para la independencia? ■ HARO TEGLEN



A MI NO ME IMPORTA
QUE SE HAYA CASADO
EL CORDOBES, EL ES EL
Y YO SOY YO.



que dispone para representarse a sí misma y para definir simbólicamente la libertad. Y así, como tantas veces, fueron cegadas las fuentes más anhelantes de las aspiraciones colectivas. Pero yo me pregunto qué culpa tiene El Cordobés en todo esto. Ninguna. No tiene ninguna culpa. Ha pasado

sin enterarse de su importancia, de su enorme importancia. Su labor ha sido tan perfecta que ni siquiera ha estado bien pagada. Ningún aire de Roma le dora la cabeza, como a Sánchez Mejías. Ese es el gran castigo que le ha impuesto la historia ■ ALBERTINA

ACONTECIMIENTOS

nas con una cierta provisionalidad, pero tú te pasas. Yo, por ejemplo, no me cambio las sábanas desde hace semanas...

- Vaya cochinada.
- Imagínate si las cambio y viene lo peor.
- Sólo un viejo solterón como tú es capaz de practicar la tacañería higiénica.
- Ya sé que es un riesgo. Pero es que también duermo poco. Tengo la oreja reticulada por el metal del amplificador de mi transistor. Me duermo con el transistor conectado y sobre la cabeza, como si fuera una de aquellas bolsas de goma llenas de cubitos de hielo con que amanecía Myrna Loy después de una noche de borrachera.
- A ver si no es más sano estar aquí, al aire libre. De vez en cuando abandono la parálisis y hago un poco de gimnasia. Mi mujer me baja un termo con cocido cada doce horas y los niños me bajan pipas llenas. Tengo el mundo por delante. Tengo la historia por delante. Y ahora déjame que me has desconcentrado. Dile a Encarna que me venga a hacer compañía. ¿Qué hace Encarnita?

—¡Está de un activo! Dice que somos unos memos. Que estamos perdiendo una vez más el tiempo. Que no va a pasar nada de nada. Que ni siquiera va a desaparecer totalmente la contradicción de primer plano.

Tristemente me llega la voz fruncida de Marcos Antonio cuando ya le he dado la espalda.

—Mao ha hecho mucho daño entre la gente joven ■ SIXTO CAMARA

JP